

tante asombrados ante aquellas grandes pilas y cubos relucientes y sobre todo aquella cadena tan bien puesta que estaba invitando a sacar agua del ancho brocal.

Y entonces ocurrió lo que pudo ser una tragedia y sólo quedó en un susto que aún les dura, pues apenas sonó el cubo y el girar de la garrucha, rompió la calma de la tarde un amenazador concierto de sordos mugidos procedente de un pequeño recodo. Primero hizo su aparición un TORO negro, de impresionante lámina, que escarbó unos momentos antes de dirigirse a los intrusos, y detrás, como surgidos de la tierra y en tropel, el resto de los bravos ejemplares, dignos parientes de «Confitero», que se dirigían a los pilones.

Fue tal el pánico que se apoderó de los dos compadres, que a Felipe se le quitó el calor de una manera que parecía por la tiritona que le entró que estaba nevando, y el llamado Cayetano, pese a su nombre demostró cumplidamente que no era de Ronda, ni mucho menos... Soltaron el cubo con una velocidad de campeonato, y se disponían a salir corriendo o volando, cuando una voz salvadora procedente del mayoral que venía a galope en una fina jaca los paró en seco:

—¡No moverse, no moverse! Seguir sacando agua, vamos, deprisa... echarla en las pilas..., no asustarse...!

Y se vieron rodeados de toros por todas partes que olfateaban gente extraña, levantando aquellas cabezas pavorosas... En la vida nadie sacó agua más deprisa, aunque no se sabía si la cadena rechinaba, o eran los huesos de los que desde luego estaban descuadrados y a prueba de muertes repentinas...

El mayoral entre silbidos y voces, medio explicó la cosa, ya que era precisamente la hora de beber el ganado y al oír el ruido de los cubos se precipitaron según costumbre a los pilones... Y todo quedó gracias a Dios como quedó.

Cuando se vieron de nuevo en la carretera, emprendieron una marcha tan supersónica, que aunque les faltaban dos días para llegar, aquella misma noche durmieron ya en Cañamero...

¡Y lo menos durante un mes no volvieron a probar el agua...!

ISIDRO MELARA BERROCAL



Al Cristo de las Indulgencias

A mi primo Miguel que, desde muy niño, viste el cilicio nazareno.

Roto cirio moreno, todo llama,
divina cera herida por la muerte,
sombra de Dios cuajada en cruz inerte
que de hondas soledades se encarama

Vara de jara en flor, que se derrama
abierta en cinco pétalos, de suerte
que, sobre el fino tallo, hurraño y fuerte,
se abre en llagada luz sobre la rama.

Por los viejos adarves, tu calvario,
a ritmo de tambores y clarines,
revive la madera bien labrada.

Barre oscuros de noches el sudario
y te enciende en la sien ricos carmines
el filo de la limpia madrugada.

JOSE CANAL